

3 – Proseguí con: Viterbo; Bomarzo y sus “monstros; Caprarola; Sutri; en el lago Bracciano visité: Trevignano Romano, Anguillara Sabazia, y la ciudad de Bracciano

VITERBO



Llegué a Viterbo en plena tormenta y la lluvia caía como una catarata del cielo. Permaneció lloviendo toda la noche y la mañana del día siguiente. No fue hasta el mediodía cuando pude contemplar con satisfacción el cielo despejado de nubes y una luz vibrante y pura.

Rodeada todavía hoy de su muralla Viterbo ha mantenido un antiguo núcleo urbano con un bonito centro histórico medieval considerado uno de los mayores de Europa. Y pese al incesante castigo de los bombardeos aliados en la segunda guerra mundial que dañaron severamente la ciudad y destruyeron iglesias, monumentos y devastaron gran parte del barrio medieval de San Pellegrino, actualmente reconstruido.

Salvando el caos circulatorio de la ciudad moderna penetré en la ciudad por una gran puerta abierta en sus murallas y a pesar de la agitación en las grandes avenidas vecinas el lugar parecía apartado del mundo. Tenía la sensación de estar en el confín de la nada y de haber regresado a la Edad Media.

Cerré los ojos y mi mente viajó al pasado. Ya no estaba allí, sino que, por un instante era como si me dejase llevar por la ensoñación, por esos sentimientos placenteros del goce y del disfrute de lo bello, y pasear sencillamente entre esos lugares en los que el tiempo no se mide en minutos, sino en instantes únicos.





Un dédalo de callejuelas angostas me condujo al barrio de San Pellegrino que era una inmersión pintoresca en la Edad Media. Este barrio del s.XIII es una joya medieval que conserva intacta su alma popular y de artesanos con sus callejuelas flanqueadas por enormes arcadas abovedadas, sus torres y sus escaleras exteriores características. Los edificios de piedra gris se erigían levantados con primor y con tal profusión de adornos en sus puertas y de flores en los marcos de las ventanas.

Los peregrinos que, partiendo del norte se dirigían a Roma, recorrieron esta calle durante siglos dejando abundantes riquezas a su paso ya que la ciudad fue parada obligatoria por su carácter de residencia papal a partir de 1255.

Deambulando por las calles más populares me pareció que todo el centro histórico era un museo al aire libre, sus edificios, sus monumentos que siguen en pie, calles que desafían el paso del tiempo, plazas decoradas con fuentes y plantas. Y un silencio que parecía irreal.









Viterbo me pareció una de las ciudades de Italia de mayor fascinación y encanto en cuyo centro histórico pareciera que el tiempo se hubiese parado y pese a lo intrincado de sus calles y plazas, y la cantidad ingente de maravillas, parecía uno de esos lugares ignorados, esos lugares por los que muchos turistas pasan de largo, pero que es absolutamente preciso conocer por su historia y las bellezas que encierran.

Me desplazaba en este ambiente mágico, sorprendido por la arquitectura de sus calles y su atmosfera arcaica de una encantadora integridad, hasta llegar a la Piazza S. Lorenzo y la vista se abrió ante mí. Esta plaza fue en el s.XIII el centro de la cristiandad por ser la residencia de los papas y el lugar de las elecciones del sumo pontífice.

En la Piazza S. Lorenzo destacaba su catedral, del mismo nombre, que data del s.XII con la fachada del s.XVI y la torre del s.XIV. Era de sobria elegancia con una fachada de basalto y restaurada después de los graves daños ocasionados por los bombardeos en 1944. En su interior se encontraba la tumba del papa Juan XXI, el sepulcro de Alejandro IV desapareció en el s.XVI.





En el lado norte destacaba la Loggia del Palazzo dei Papi, levantada en 1266 cuando la ciudad se convirtió inesperadamente en la sede papal. La galería estaba cubierta por un techo desaparecido junto con la fachada opuesta. Lo que queda del edificio era bellissimo y subiendo la escalinata podía admirar los detalles y la finura de las balaustradas de la Loggia y el bonito observatorio de los edificios que rodeaban el lugar.

En el Palazzo dei Papi se encontraba el Salón de Cónclaves donde, tras la muerte del papa Clemente IV en 1268, los cardenales permanecieron casi tres años sin que se llegase a ningún acuerdo sobre el nuevo Pontífice. Los desesperados habitantes de Viterbo, que tenían que pagar la manutención de todos ellos, encerraron a los prelados sin suministro de alimentos excepto pan y agua. Enseguida se apresuraron a elegir a Gregorio X como nuevo papa. Parece ser que este hecho se convirtió en la tradición de encierro de los cardenales hasta la elección del nuevo pontífice.

La ciudad me provocaba unas ganas irrefrenables de perderme en ella. Cruzaba bocacalles con soportales que me evocaban al pasado, Pequeñas plazas con iglesias escondidas o patios rodeados por edificios de piedra gris.









Poco lejana de la catedral se hallaba la Plaza del Plebiscito, con el Palacio dei Priori, considerado el centro histórico, social e institucional de la ciudad y el Palacio del Podestá de origen medieval.

El palacio dei Priori del s.XIII actualmente es el ayuntamiento y atravesando un porche se accedía a su patio interior donde había un jardín rodeado de pórticos y decorado con tapas de sarcófagos etruscos y una bonita fuente. Desde este lugar se tenía una hermosa vista de Viterbo.

Me sentía embargado por la belleza y la arquitectura pintoresca de la ciudad. Recorrerla al descubrimiento de iglesias, fuentes, casas de antiguo sabor y caracteres arcaizantes con sus callejones peculiares, que junto a las numerosas torres de sus iglesias, conferían una extraordinaria grandeza al conjunto de calles medievales de nobles fachadas. Los oficios de antigüedades y artesanos que se abrían en sus bajos se ajustaban perfectamente a este ambiente.

Las calles, algunas tortuosas, conducían a recoletas plazas con soportales y arbolitos donde se asentaban pequeñas terrazas con fuentes. Otras me conducían extramuros donde tenía unas perspectivas distintas y muy hermosas de la ciudad y aprovechaba la oportunidad para visitar sus arrabales entre huertos, alamedas y valles.







BOMARZO



Cuando era joven leí la novela Bomarzo de Manuel Mugica Lainez. Y me quedó fijada en el recuerdo, con esta novela comenzó mi interés por la novela histórica. Era mi manera de evadirme y de viajar.

Pero al llegar a este lugar descubrí también un pintoresco pueblo medieval del que tenía una primera perspectiva desde su única carretera de acceso. La antigua ciudad había sido levantada en una elevada colina de piedra escarpada lo que le confería una nítida perspectiva, desde todos sus ángulos, sobre las tierras que se extendían a su alrededor. Sobre el cerro calizo parecía colgar de la altura, o surgir de ella, el que fuera un importante castillo palacio de los Orsini. Subiendo a pie la colina atravesé el portón de la aldea. El pueblo aparecía apiñado en torno a su palacio, ahora ayuntamiento, su iglesia y el campanario.

La población estaba constituida por un grupo de vetustas casas apretadas tras las murallas exteriores y alineadas a lo largo de una única minúscula calle principal rodeada por edificios de piedra gris a los que difícilmente les llegaba la luz del sol.







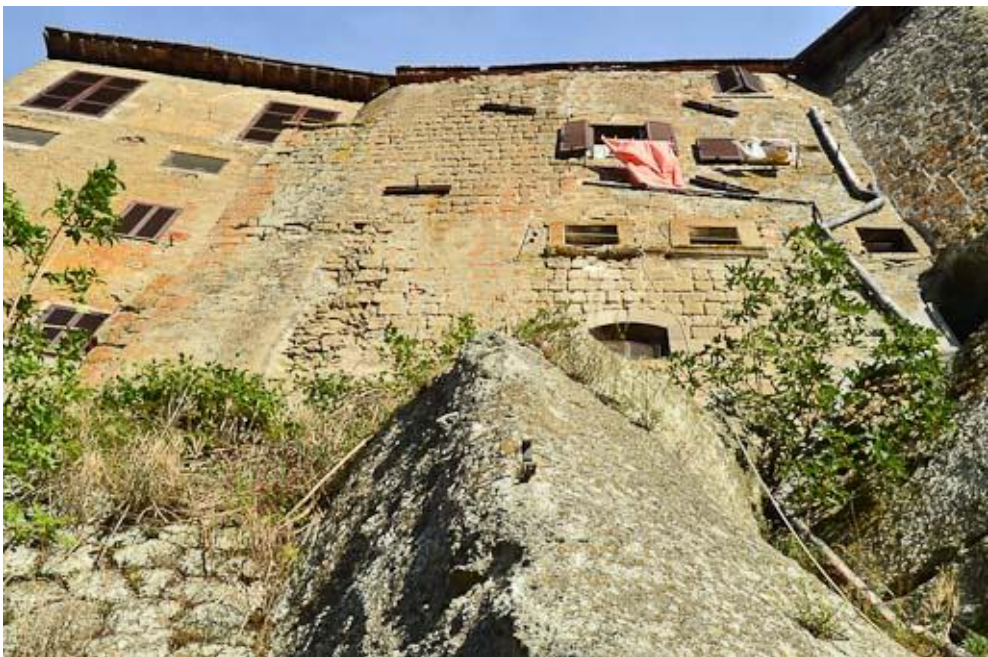
Las viviendas, que presentaban caracteres arcaizantes, mostraban elementos arquitectónicos muy tradicionales como los conjuntos de pequeñas escaleras exteriores que permitían subir a los pisos superiores. La ciudad entera parecía aislada del resto de la humanidad.

La visita a Viterbo me había llevado mucho tiempo, incluso no había comido para aprovechar el día. Había llegado a Bomarzo con el atardecer. Era el instante de la espléndida belleza de las puestas de sol, de esos momentos en que la piedra se dora y se incendia de rojo.

Desde allí, la ciudad alta, podía contemplar una espléndida panorámica sobre toda la ciudad y el valle, un entorno natural bellísimo. La ciudad se extendía bañada por la calidez del sol y con su manto nacarado, que refulgía bajo los rayos del sol, le confería un brillo anaranjado reconfortante. La vuelta a la colina permitía ver la configuración extraña y arbitraria de sus paredes y viviendas. Insólitas ventanas se asomaban a unas vistas increíbles.

El área de Autocaravanas indicada, próxima al parque de los monstruos, se encontraba cerrada. Pase la noche en un parquin de la ciudad alta y tenía unas vistas preciosas sobre la roca.









La semblanza del duque Pier Francesco Orsini trascurre entre la historia, la leyenda y la ficción. Los Orsini eran una familia de Condottieri (guerreros mercenarios al servicio de los estados italianos). Bomarzo era donde la familia Orsini tenía una de las residencias principales y era, en esa época de las ciudades estado, cuando los grandes personajes presentaban las diferentes facetas que constituyeron la génesis del renacimiento.

Pier Francesco Orsini, más conocido como Vicino, era un hombre delicado con un cuerpo maltrecho, cojo y jorobado. Pero su interés hacia la cultura, el arte, la poesía... le hizo dedicar su vida a rodearse de la belleza que el destino no le había querido otorgar. Despechado con su familia, que le había rechazado por contrahecho, y humillado por sus hermanos quiso el destino que heredase el ducado. En 1552 reconstruyó el castillo de Bomarzo haciéndolo inexpugnable y ampliándolo hasta incluir las casas del pueblo en su interior. Traicionado en numerosas ocasiones y fracasado en el amor con la muerte de su esposa Julia Farnese, terminó por esconderse en su palacio. Le quedó la venganza, la culpa y la soledad. Un mundo lleno de monstruos, que quedarían petrificados para siempre en el Bosque, símbolo autobiográfico de su vida. Encargó a Pirro Ligorno la creación de un jardín con colosales esculturas de piedra (casi cuarenta) llenas de símbolos, enigmas y expresiones de la cultura hermética del s.XVI. Fue un empeño obsesivo en plasmar sus múltiples pesadillas en las rocas de su bosque.





Durante casi treinta años, entre 1552 y 1580, a las órdenes del príncipe los escultores y los arquitectos fueron disponiendo enormes rocas sobre el terreno para revelar de su interior un zoológico imaginario que incluía los animales reales, los míticos y los imposibles. Como resultado, las arpías y los ogros se hicieron sitio junto a los árboles y los arroyos, mientras los dragones o los elefantes se alineaban frente a figuras humanas de cuatro metros de altura.

Amaneció con un cielo encapotado y el sol resultaba visible sólo como un pálido disco. Era temprano y no había nadie en la taquilla, me tocaría un paseo en solitario. El jardín aparecía como paraje verdaderamente inquietante que producía un efecto escénico extrañísimo.

Ya pasado los siglos, desde entonces la naturaleza había reconquistado el terreno, el arte y la naturaleza se fusionaban en armonía con las esculturas cubiertas de verde musgo y árboles que parecían abrazar a extrañas figuras.

Mientras, grandes nubarrones de tormenta comenzaron a reagruparse en medio del cielo y a tapar el sol... se oyeron truenos retumbar a lo lejos.

Cayeron las primeras gotas y el aire se llenó de olor a tierra, un relámpago iluminó... un trueno estrepitoso estalló y la lluvia comenzó a caer recia y pesada. Resguardé la cámara fotográfica en el interior de la mochila cubierta con la funda anti lluvia.





Yo en pantalones piratas y camiseta deambulaba empapado con el cuerpo encogido como un alma en pena... me rodeaba una serie de seres infernales que se sucedían y alternaban con otras de seres humanos y que constituían un conjunto de difícil comprensión, fruto de la mentalidad y de la fantasía de Vicino Orsini. Era como si hubiera dejado alguna parte de sí mismo entre aquellos árboles. Sus fantasmas, sus fantasías, su locura.

El día se hacía imposible, relampagueaban los rayos y resonaban los truenos de una furiosa tormenta que hacía temblar el mismísimo cielo. Retorné al parquin de la ciudad alta de Bomarzo... y permanecí atrapado todo el día y la noche.

Siempre en mis viajes llevo numerosos libros. Al atardecer busco un lugar tranquilo, una Piazza dei Popolo silenciosa y después de un día de emociones, excitaciones y un acopio de soberbias imágenes, desconecto la mente, descanso cuerpo y espíritu con una lectura. Y cuando llueve, quedando atrapado en el interior del vehículo, la lectura me ayuda a pasar el tiempo. Es lo que tiene el viajar solo.

Al día siguiente la vida comenzaba de nuevo aquella mañana. El cielo era azul, no había ni una nube, y se veían estelas blancas de aviones que se entrecruzaban y continúe el viaje. A partir de este día, cada jornada el cielo será más azul, el sol más brillante y el ambiente más caluroso. Después de un último paseo por Bomarzo abandoné la ciudad.





CAPRAROLA



El GPS me llevaba por agradables carreteras sombreadas rodeadas de árboles y de campos en una sinuosa naturaleza donde las carreteras se adaptaban a los caprichos del terreno.

Caprarola aparecía en un emplazamiento, íntimo y retirado, enmarcada por los ondulados accidentes de las montañas Cimini. Era un espectáculo natural donde los árboles alfombraban las laderas del promontorio que tenía a la vista y luego seguían algunas granjas y pastos.

A la entrada al burgo, en lo más alto del pequeño pueblo, lo que inmediatamente llamaba la atención era el enorme Palazzo-Villa Farnese. Una maravillosa fortaleza con una estructura pentagonal con un patio interior y anexo al palacio un extenso bosque. Era un lugar impresionante donde la proporción, elegancia, arte, arquitectura estaban armoniosamente combinados.





Desde los jardines, de la fachada del Palazzo Farnese, era posible disfrutar de una vista panorámica de los picos circundantes y de una Caprarola, soñolienta, que aparecía sumida en la nostalgia que proporcionaba su otrora esplendorosa historia.

Era una agradable y apacible mañana y descendía por la calle principal hasta llegar al burgo medieval, un casco urbano sembrado de antiguas y bellos edificios. Dominada por el imponente palacio la ciudad es uno de los ejemplos urbanísticos más significativos del s.XVI. El antiguo burgo estaba atravesado por la calle recta, via Dritta, que se realizó asociada al Palazzo y que, superando las antiguas pendientes y desniveles con puentes, llegaba a la plaza ubicada frente al Palazzo Farnese.

A lo largo de esta vía surgían altos palacios de la nobleza del renacimiento. Palacios como Fusaro, el Palazzeto Capotondi, Palazzo dell'Ospedale antiguo y actual hospital de Caprarola, de gran tamaño el Palazzo Gherardi... y tantos otros. Numerosas fuentes monumentales se apoyaban en las fachadas medievales.





Paseaba por las estrechas calles que atraviesan el antiguo pueblo medieval, calles que conservaban su estructura original del urbanismo medieval y del renacimiento. La ciudad estaba tranquila, natural y sin turismo. Los surtidores de las fuentes parecían poblar todos los rincones de la ciudad con su constante arrullo del agua.

El sol del mediodía bañaba las fachadas de las casas con una luz brillante, casi cegadora, creando una explosión de colores... ropa tendida en las ventanas flotaban en el aire como modernos pendones de una vida original y un ambiente provincial. Por estas calles reinaba un olor a lejía y detergente que me traía recuerdos de mi niñez, de mi barrio.

Estas fachadas tenían una fantasmagórica arquitectura, producto de siglos de fusiones, una amalgama de las necesidades cambiantes de sus habitantes... del vano medieval a la parabólica moderna. Consiguiendo un alegre y pintoresco cuadro con sus presencias.









SUTRI



Se veía a lo lejos un enorme bloque de toba que saltaba de los verdes campos, casi sin previo aviso, con paredes verticales en terracota que se alzaban formando una meseta. Sobre esta terraza natural y amurallada se asentaba, ceñido por los muros, el apiñado casco urbano de Sutri con más de dos mil años de historia.

Aparecía serena y hermosa a lo lejos, reclinada en su cerro majestuosa, y todo ello en la tonalidad terrosa. Por veredas y caminos ya planos, ya escalonados, accedía a lo que fueron portillos en la muralla de la que veía sillares que se remontaban a la época romana.

Al traspasar el arco se abría una hermosa perspectiva casi escenográfica presidida por un patio, que bajo la luz del sol, los edificios de alrededor adquirirían un color dorado. Casi a juego con la toba de la ciudad. Una hermosa fuente y una torre con el reloj enmarcaban la fachada del ayuntamiento.





El calor inclemente había aumentado con el inicio de la tarde y los soportales y puertas daban a unas calles dominadas por las sombras que proyectaban las balconadas. Esta antiquísima población invitaba a pasear por sus numerosos rincones pintorescos y artísticos.

Las casas oscuras, los fragmentos romanos y las decoraciones medievales en los portales, plazas armoniosas, elegantes fuentes y pequeñas iglesias. Flores de alegres colores crecían en macetas que bordeaban sus calles y respiraba con deleite el perfume que parecía emanar de cada parque, jardín...Tiendas y calles estrechas, todo ello en un entorno maravilloso de arte, la cultura, la naturaleza.

Por las angostas y pendientes callejas, a las que se asomaban recoletos jardines y un antiguo lavadero, componía uno de los conjuntos más evocadores de la villa con unas vistas panorámicas únicas del recinto amurallado. El camino de ronda que, en esta parte, me mostraba el lienzo de muralla más imponente conservando aún su identidad romana y medieval. Orgullosos de sus orígenes.

Desde este lugar gozaba de una panorámica inmensa y variada de la ciudad medieval y de su entorno donde la ciudad se integraba a la perfección en un paisaje de toba. El verde y el amarillo de los bosques, el ladrillo oscuro de las casas, el rojo del sol y la toba de los muros a mi alrededor. Un lugar que todavía conserva en gran parte su encanto aldeano con sus huertas y casas antiguas y modestas.







La impresionante ubicación de la villa expresaba por si sola toda la importancia estratégica que en otro tiempo tuvo. La llamada “puerta de Etruria” conoció su apogeo en el s.IV a.C al controlar la ruta comercial entre la costa y el interior del país. En el 394 a.C los romanos la tomaron y su bienestar incrementó con la construcción de la Vía consular Cassia la gran arteria entre Roma y las regiones del centro norte. Más tarde, se convirtió en un municipio romano y con Augusto en colonia imperial bajo el nombre de Iulia Sutrina.

La pérdida del castillo y del pueblo, con el incendio de 1433, a pesar de los intentos de restaurarlo por Eugenio IV e Inocencio VIII, marca irremediamente el comienzo del declive. La contracción forzada de la ciudad, dentro de una meseta única durante el siglo XV, hizo necesario construir un nuevo sistema defensivo. El circuito de muros, siguiendo los contornos orográficos del cerro y mejorando la fuerza de los puntos menos naturales con obras de fortificación más fuertes, define el nuevo perímetro del área urbana.

A partir del siglo XVII la falta de influencia política, social y económica Sutri y su ubicación muy marginal en la historia posterior de la zona, justifica la ausencia de una dirección precisa en la racionalización de la planificación y construcción que provoca la saturación del espacio y la construcción de viviendas en materiales de menor calidad. En la práctica todo se crea en toba aprovechando la estrechez de la colina y componiendo un dédalo de complicadas callejas. Una maraña pintoresca y variada, rodeada de barrancos y de la que ahora disfrutaba.







TREVIGNANO ROMANO



Trevignano Romano aparecía en un paraje verdaderamente mágico y ofrecía un lugar privilegiado para el descanso con el fuerte atractivo del lago con zonas playeras ideales para los baños de aguas cristalinas y de sol.

Se extendía a lo largo del lago un bonito paseo especialmente cuidado con césped, bancos, la sombra de los árboles y flores por doquier y miradores al lago y al paisaje. Había quietud en el aire y el agua tenía un aspecto vítreo y calmo. La paz y la tranquilidad que emanaba del lugar, su serenidad, romanticismo y naturaleza me hacía pensar en la vida, la alegría y la belleza.

Desde la ladera del lago veía subir las añosas arboledas que hacían el agua profunda y soñadora. Un bello paseo, entre arboles achaparrados que crecían en la pendiente, y acompañado de un amplio horizonte y de un límpido cielo llegué a la aldea de Trevignano Romano.







Pasada la torre del reloj se extendía la Piazza Vittorio Emanuele III flanqueada por el ayuntamiento. El pueblo estaba bañado por la luz con sus casas de pescadores dispuestas bordeando el lago y que ascendían a la peña de basalto coronada por las antiguas ruinas de la fortaleza de los Orsini.

El lugar me pareció una maravilla, pequeño y acogedor con un casco antiguo tranquilo y pequeñas tiendas de artesanía, era bonito y poco turístico con una pintoresca arquitectura de barrio medieval de gran homogeneidad. Según caminaba aparecían sugerentes y alegres calles bordeadas por edificios, de una arquitectura de un característico matiz mediterráneo, y de sus restaurantes salían aromas a platos de pescado.

Subiendo empinados callejones llegué a la Rocca Orsini. Este mirador se eleva en una posición dominante en lo alto del antiguo pueblo medieval. La excelente posición estratégica desde el punto de vista militar fue, naturalmente, el factor decisivo para la elección del sitio. La fortaleza fue construida por el Papa Inocencio III en 1198, que quería fortalecer su poder en la provincia romana.







La Rocca y el territorio de Trevignano pasaron a ser propiedad de la familia Orsini en 1380. La lucha por el poder entre la familia Orsini y los Borgia (cuyo miembro principal fue el Papa Alejandro VI) culminó en 1496 con el asedio de la fortaleza. La artillería borgiana atacó bombardeando el castillo y la ciudad. Los sobrevivientes sin embargo no se rindieron sino que llegaron a Bracciano y se unieron a su ejército. La tremenda resistencia en la comarca del Treviso permitió a los Orsini defender el castillo de la ciudad de Bracciano y pedir ayuda a otras tropas. La lucha se extendió al lago con combates navales.

Este lugar era el mejor observatorio para contemplar las espléndidas vistas que se ofrecían de la ciudad y el lago que centelleaba bajo una multitud de deslumbrantes reflejos de plata sobre un agua de azul zafiro. El aire era tan límpido que podía ver las líneas de la costa y las distantes colinas a muchos kilómetros de distancia. Un inmenso horizonte se abrió ante mí, esa sensación de paz y sosiego parientes de la soledad, imprimía en mi ánimo un recuerdo imborrable.



ANGUILLARA SABAZIA



Conducía alrededor del lago a través de campiñas y colinas en las que se veían algunas huertas y manchas de colinas y el bosque mediterráneo original de robles y castaños. Me dejaba mecer por aquel paisaje infinito, por la belleza del mundo. Daba la impresión de avanzar hipnotizado por el horizonte, saboreando el paisaje y el espectáculo de la luz hacia lugares ignotos, colmados de paz y de soledad casi absoluta.

La pequeña población medieval surgió inesperadamente deslizándose en cascada desde lo alto de un promontorio rocoso creando un universo pletórico de vida, fantasía y belleza sin fin.

Estacioné en el parquin del cementerio, al lado mismo de la población, y el lugar donde pernoctaría esa noche. Anguillara Sabazia fue un regreso a los orígenes de la sencillez, la luz, y la calma.





El acceso a la ciudad era custodiado por una puerta del sXVI que ha sabido mantener el esplendor y la majestad a lo largo de su historia. Un reloj en lo alto me permite, ahora escribiendo el relato, saber a qué hora llegué a esta ciudad. Traspasada esta puerta apareció una plazoleta dominada a la izquierda por un fantástico belvedere sobre la ciudad y el lago.

Una pequeña cascada de agua salía de una fuente decorada con unas anguilas, la Fontana delle Anguille, el escudo de la antigua familia feudal que dominó esta tierra. Al otro lado destacaba el Palazzo Baronale, también del sXVI, que es la sede del ayuntamiento.

Desde este lugar subía la calle principal, entre restaurantes y tiendas, hacia la Collegiata o la Chiesa dell'Assunta con su terraza panorámica y hermoso mirador sobre el lago. Era un lugar mágico, surreal, fantástico desde el que disfrutaba de uno de los panoramas más espectaculares de todo el Lacio vislumbrando a lo lejos grandes extensiones azuladas, llanuras infinitas de un cobalto magnifico pintado por el clima mediterráneo.







La zona, llena de buena agua de manantial, en la época romana se convirtió en una zona preferida por los nobles que vieron en Anguillara Sabazia un lugar de descanso. El emperador Trajano construyó un acueducto en el año 109 para transportar agua del lago a Roma.

Después de su pertenencia a la familia Anguillara con la muerte de su último heredero el burgo pasó a mano de los Orsini, posteriormente a los Borgia retornando nuevamente a los Orsini. Siendo finalmente vendida en 1693 a las familias Grillo y Odescalchi junto con el castillo de Bracciano. Durante la Edad Media los conflictos entre las ricas familias romanas también involucraron a las ciudades del lago.

La ciudad, que se extendía por la ladera de la colina, hacía que sus calles tuvieran un trazado fuertemente empinado. Descendía por una calle, que como todas las que bajaban hacia el puerto, también está se hallaba bordeada de casas vetustas, tranquilas, callejones mal iluminados. Y la luz del día penetraba oblicuamente a través del hueco de los aleros de las casas e iluminaban unas paredes lisas y talladas. Llegue al puerto y desde este lugar desearía haber sido capaz de detener el tiempo, de hacer que este no transcurriera, de detener el avance del reloj.





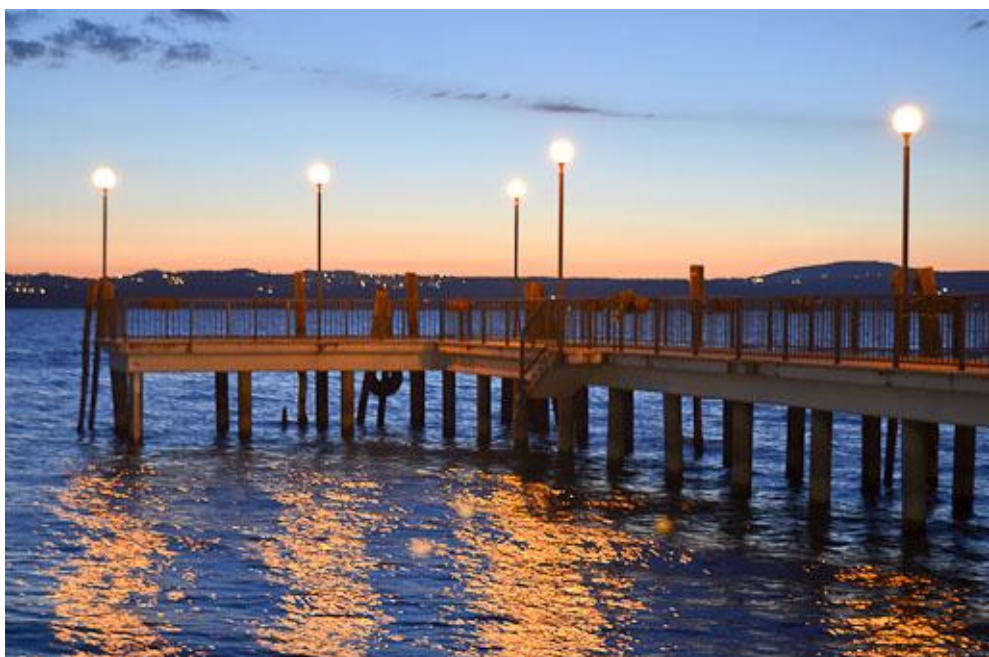
No era sólo el placer de los sentidos lo que sentía sino también una sensación de paz, de serena felicidad, era armonía, diversión y descanso para el cuerpo. Era sereno, tranquilizante, casi hipnótico.

El paisaje era magnífico, casi dibujado en una acuarela y que absorbía la mirada de serena belleza sobre el amplio horizonte y el límpido cielo que hacían que mis ojos barrieran el espacio y se impregnaran de la luz. El día era estupendo, tomando el sol a la orilla del lago y comiendo unas aceitunas compradas en este lugar.

Se vislumbraba, en aquel atardecer lento, la silueta del contorno del lago y el aire circulaba sutilmente sobre el agua. Paseaba acariciado por el crepúsculo. Aquí y allá las viejas farolas creaban una tenue iluminación, agradables oasis ambarinos entre las fachadas de las casas. Con la caída de la noche la temperatura había bajado, era una noche embriagadora, ideal para pasarla en el puerto al borde del agua leyendo y refrescándome con la suave brisa que llegaba del lago. El susurro del agua en las orillas se dejaba sentir en el romántico rincón junto al embarcadero.

Desde el despertar en Bomarzo el día había sido intenso en maravillas y emociones y aquella noche descansé con la genuina felicidad de un día perfecto.





BRACCIANO



En el horizonte, sobre los tejados, el castillo se levantaba en la parte superior dominando el pueblo y todo el valle del lago. Un baluarte sobre una desafiante roca testigo de siglos de eventos históricos.

Un sol rojo y ardiente caía sobre la ciudad y las numerosas callecitas de especial sabor, que subían hacia el castillo, conferían una extraordinaria grandeza al conjunto de calles medievales empinadas y zigzagueantes.

Reinaba allí un bullicioso caos urbano y me perdía entre estas estructuras cuyas fachadas ilustraban la historia de esta ciudad y era transportado por la magia de este lugar a una atmosfera de hace mil años.

Bracciano surge en las orillas del lago homónimo y debe su fama sobre todo al magnífico castillo Orsini-Odescalchi, de espectacular belleza. En origen era un pequeño burgo de pescadores y campesinos y los señores de los Prefetti di Vico fueron sus señores en el s.XIII. Fue cedido en 1419 por el papa Martín V a la familia Orsini.







Ampliada en 1470 por Napoleone Orsini comenzó a parecerse cada vez más a un palacio por sus aspectos y funciones. En 1696 el castillo fue una vez más comprado por los Odescalchi que son actualmente sus propietarios. El castillo de perímetro irregular está construido en la piedra de lava del lugar y sobre un promontorio de toba volcánica, está delimitado por seis imponentes torres cilíndricas.

No tuve tiempo para su visita, ya que mi próxima etapa sería el antiguo puerto de Ostia y andaba mal de tiempo. Pero su interior se presenta con la decoración y mobiliario originales y conserva en algunas de las salas interiores un museo sumamente cuidado que recoge una de las más importantes colecciones de armas y armaduras medievales.

Pero los paisajes que podía observar me dejaron conmovido por las esplendidas vistas naturales de la ciudad. El lago de Bracciano, de origen volcánico, que con sus 57 km cuadrados de superficie se sitúa en el octavo lugar de los lagos italianos y sus 164 metros de profundidad hacen que sea el sexto de Italia.





Abandoné, bajo un intenso calor, Bracciano y su lago. Y atravesando el Tiber me situé al sur de Roma y del Lacio. Me esperaban nuevos e interesantes descubrimientos de ruinas romanas, la luz y el sabor del mediterráneo, historia, arquitectura y pueblos medievales... y terminar el viaje en la Roma Eterna.

